

Se pretende realizar el estudio crítico de los siguientes textos relacionados con la Guerra civil en la Hispania romana.

Y atravesando el Duero recorrió combatiendo muchas tierras exigiendo muchos rehenes de los que se sometían; de este modo llegó hasta el río Lete y fue el primero de los romanos que se propuso atravesarlo. Desde aquí llegó hasta otro río, el Nimio y, como los brácaros hubiesen hecho presa de sus provisiones, se dirigió contra ellos. Este es un pueblo enormemente belicoso y también luchan con ellos las mujeres armadas y mueren con gallardía, sin que nadie retroceda ni vuelva la espalda ni emita ningún lamento. De cuantas mujeres eran apresadas, unas volvían sus manos contra sí, otras degollaban a sus propios hijos, prefiriendo la muerte a la esclavitud. Con todo, hubo ciudades que se entregaron, aunque poco después hicieron defección y fueron de nuevo sometidas por Bruto. Se presentó ante la ciudad de Talabriga, la que se había sometido muchas veces y muchas veces también se había rebelado; y, como los ciudadanos le suplicasen clemencia y se entregasen a su merced, en primer lugar les exigió que entregasen los tránsfugas de los romanos, los esclavos y todas las armas, además de rehenes; después les ordenó que abandonasen la ciudad con sus mujeres e hijos... Les quitó todos los caballos, el trigo y el tesoro público, así como todos los pertrechos comunes y, contra todas sus esperanzas, les devolvió su ciudad. Y estos sucesos los puse junto a los de Viriato, por ser contemporáneos, producidos por su ejemplo y provocados por otras bandas de bandidos (salteadores).

[APIANO](#), Ibérica, 72-73.

Por estas hazañas Sertorio era admirado y querido por aquellos bárbaros y también porque por medio de las armas, formación y orden romanos les había quitado aquel aire furioso y terrible, convirtiendo sus fuerzas de grandes cuadrillas de bandoleros en un ejército... y así, interesándose por su buen parecer, ganaba su afecto. Pero lo que principalmente le ganó la voluntad fue lo que hizo con los jóvenes reuniendo en Osca, ciudad populosa, a los hijos de los personajes más principales y poniéndoles maestros de todas las ciencias y profesiones griegas y romanas, en realidad los tomaba como rehenes; pero en la apariencia los instruía para que al llegar a la edad varonil participasen del gobierno y de la magistratura. Los padres, en tanto, estaban muy contentos viendo a sus hijos ir a las escuelas muy engalanados y vestidos de púrpura y viendo que Sertorio pagaba por ellos los honorarios, los examinaba él mismo muchas veces, les distribuía premios y les regalaba aquellos collares que los romanos llaman bulas. Siendo costumbre entre los hispánicos que los que hacían formación aparte con el general, perecieran con él si venía a morir, a lo que aquellos bárbaros llamaban consagración, al lado de los demás generales sólo se ponían algunos de sus asistentes y amigos, pero a Sertorio le seguían muchos millares de hombres resueltos a hacer por él esta especie de consagración.

[PLUTARCO](#), Sertorio, XIV.

Para el comentario de la guerra entre César y Pompeyo, utilizaremos el mapa y los textos que vienen a continuación:



**Mapa.** Ángel Montenegro Ducque, José María Blázquez Martínez y José María Solana Sáinz (1986): Historia de España 3. España Romana. Editorial Gredos. Pp. 135.

Terminadas estas cosas, César, nombrado cónsul por cuarta vez marchó a Hispania contra los hijos de Pompeyo, jóvenes todavía, pero que habían reunido un gran ejército admirable por su número y estaban dando pruebas de un valor digno de grandes capitanes, hasta el punto de poner a César en grave peligro. Se trabó la gran batalla cerca de la ciudad de Munda en la cual César, viendo vacilar a su gente y resistiendo débilmente se lanzó a través de las armas y de las filas gritándoles si no se avergonzaban de cogerlo ellos mismos y entregado a aquellos jovencitos. A duras penas y aplicando todo su ardor, rechazó a los enemigos, les mató más de treinta mil hombres, perdiendo él un millón de sus mejores soldados. Después de la batalla dijo a sus amigos que muchas veces había luchado por la victoria, pero entonces, por primera vez, su vida. Ganó esta batalla el día de las fiestas de Dionisos, el mismo día en que se dice haber salido Pompeyo para esta misma guerra, -hacia de ello cuatro años. De los hijos de Pompeyo, el menor escapó; del mayor, Didio, a los pocos días, presentó la cabeza. Esta fue la última que César trabó.

[PLUTARCO](#), César, LVI.

Se inicia la batalla con gran griterío. Aquí los enemigos se defendían con coraje en una posición más elevada, aunque los nuestros les aventajaban en valor, y de una y otra parte se levantaba tan violento griterío y se producía tan ruidosa carga de dardos, que los nuestros casi habían perdido las esperanzas de victoria... Así, cuando el griterío se había mezclado con los lamentos y el chocar de las espadas llegaba a los oídos, el ánimo de los reclutas se ahogaba de pánico. Entonces, como dice Ennio, «el pie pisa al pie, las armas se afilan con las armas» y los nuestros empezaron a hacer recular al enemigo que luchaba encarnizadamente; la plaza fuerte fue su salvación. Así, el mismo día de las Bacanales, puestos en fuga a la desbandada, no habrían sobrevivido si no se hubiesen refugiado en el lugar del que habían salido. En esta batalla cayeron cerca de 30.000 hombres y, por si fuera poco, también Labieno y Atio Varo, por los cuales, muertos, se hicieron funerales, e igualmente unos 3.000 caballeros romanos, parte de Roma, parte de la provincia. Nuestras bajas, unos 1.000 hombres, parte de caballería y parte de infantería; heridos unos 500. Fueron arrebatadas al enemigo las 13 águilas y enseñas militares.

[ANÓNIMO](#), La Guerra de Hispania, Cap. 31.

César, en la asamblea que reunió en Córdoba dio las gracias a todos en general: a los ciudadanos romanos por su celo en procurar asegurarle la ciudad, a los hispanos por haber expulsado las guarniciones, a los gaditanos por haber desbaratado los proyectos del adversario y haber vindicado su libertad, a los tribunos militares y a los centuriones venidos a Cádiz como guarnición por haber robustecido con su valor las resoluciones de aquéllos. Remite a los ciudadanos la suma de dinero que había ofrecido a Varrón para el gobierno público; restituye los bienes a los que supo haber sido castigados por su libertad en hablar. Después de conceder recompensas en público y en privado a diversas ciudades, llena de buenas esperanzas a las restantes y, habiéndose detenido dos días en Córdoba, sale para Cádiz, donde manda que el dinero y las ofrendas sacadas del templo de Hércules y llevadas a una casa particular sean restituidos al Templo. Pone a Quinto Casio al frente de la provincia y le asigna cuatro legiones. Él mismo embarcó en las naves que había construido Varrón y en las que habían construido los gaditanos por orden de Varrón, y, a los pocos días, llegó a Tarragona. Aguardaban la llegada de César legiones de casi toda la provincia Citerior. Decretadas de la misma manera varias recompensas privadas y públicas a diversas ciudades, sale de Tarragona y, por tierra, se dirige a Narbona y de allí a Marsella. Aquí tuvo noticia de haberse promulgado la ley sobre la dictadura y de haber sido él nombrado dictador por el pretor Marco Lépido.

[CÉSAR](#), Bellum Civile, II, 21.